

Rama, Carlos M. y Angel J. Cappelletti (selección y notas); **Angel J. Cappelletti** (prólogo y cronología), *El anarquismo en América Latina*. Caracas 1990, Biblioteca Ayacucho (empastado y rústico), 716 pags..

La compilación de los textos que constituyen la sección antológica de este volumen (pp. 1-481) fue iniciada por el investigador uruguayo Carlos M. Rama, quien había sido comisionado originalmente para realizarla. Sin embargo, Rama murió cuando había concluido sólo una pequeña selección de materiales, lo cual hizo que se comisionara al profesor Angel J. Cappelletti para completar el trabajo —o sea, para seleccionar casi la totalidad de los textos de la antología y preparar el prólogo y la cronología— Así, pues, fue el profesor Cappelletti quien, además de compilar numerosos textos originales, escribió el voluminoso prólogo (pp. I-CCXVII) y preparó la cronología de este monumental trabajo, tan importante para todos quienes se identifican con el proyecto ácrata y en general con el socialismo o con el comunismo de carácter no-autoritario.

En su prólogo, el profesor Angel Cappelletti comienza narrando los orígenes del anarquismo como ideología y como filosofía —filosofía que, como decía jugando con la paradoja uno de los estudiantes de un curso del mismo profesor Cappelletti, «en comparación con la economicista y monetarista miseria del marxismo puede ser considerada al mismo tiempo como ecológica filosofía de la riqueza y como riqueza de la filosofía»—.

Ya Godwin en Inglaterra y, hasta un cierto punto, Stirner en Alemania, habían desarrollado ideas que, de un modo u otro, podrían ser consideradas como «anarquistas» o «protoanarquistas». Como veremos luego, por su parte, en 1810, el egregio venezolano Coto Paúl designó con el término «anarquía» una condición social que a la sazón consideraba deseable. Sin embargo, en general se considera que fue Pierre-Joseph Proudhon quien, décadas después de Coto Paúl, en Francia, revalorizó el término «anarquismo», aplicándolo a la forma como deberían ser las cosas en una sociedad verdaderamente equitativa, armónica y justa¹ —cuyo sistema económico debería ser para él mutualista (o sea, basado en el intercambio equitativo de los sobrantes por los productores individuales) y excluir las diferencias de clases y la propiedad, mientras que su sistema político debía ser federativo, sin Estado ni gobierno de unos sobre otros.

Luego Bakunin remplazaría el principio económico mutualista por el colectivista (correspondiente al principio económico del socialismo en Marx) y, todavía más adelante, a fines del siglo pasado, Kropotkin sustituiría el principio colectivista con el anarcocomunista (correspondiente al del comunismo en Marx). Finalmente, a comienzos de nuestro siglo, Malatesta introduciría el principio del «anarquismo sin calificativos económicos», que consistiría en aplicar el sistema económico que mejor respondiese a cada situación, en vez de aferrarse al mutualismo, al colectivismo o al comunismo.²

¹Hasta entonces, el término había tenido connotaciones peyorativas o negativas, pues había sido empleado exclusivamente para designar la falta de orden que hace imposible —o que por lo menos dificulta y hace azarosa— la convivencia social.

²En uno de los extractos de Diego Abad de Santillán citados en el libro que aquí se reseña (p. 46), podemos leer:

«Fue en España donde hizo su aparición la fórmula del anarquismo *sin adjetivos económicos*, con lo que reanudaba su tradición humanista; la defendieron entre otros Fernando Tarrida del Mármol y Ricardo Mella; coincidía en ella también Gustav Landauer en su periódico *Der Sozialist*. El propio Errico Malatesta, portavoz de alta jerarquía del comunismo anárquico, a cuya difusión dedicó su larga y dinámica existencia,

Ya en los años sesenta del siglo decimonono las ideas anarquistas habían llegado a América Latina: «En las Antillas francesas se fundan Secciones de la Internacional [que para entonces era dominada por los bakuninistas]; en México se difunden las ideas de Proudhon y Bakunin y surgen las primeras organizaciones obreras, campesinas y estudiantiles de signo libertario. A comienzos de los años 70 es clara la presencia de núcleos anarquistas en ambas márgenes del Plata. Desde entonces y durante más de medio siglo, el anarquismo tiene una larga y accidentada historia en muchos de los países latinoamericanos. En algunos de ellos, como Argentina y Uruguay, logró la adhesión de la mayor parte de la clase obrera, a través de sindicatos y sociedades de resistencia, durante varias décadas. En otros, como en México, desempeñó un papel importante inclusive dentro de la historia política y de las contiendas armadas del país. En Chile y Perú, fue el indudable iniciador de las luchas de la clase obrera en su dimensión revolucionaria. Inclusive en aquellos países donde no logró después un gran arraigo sindical, como Ecuador, Panamá o Guatemala, no cabe duda de que las primeras organizaciones obreras que trascendieron el significado de meras sociedades de socorros mutuos y encararon la lucha de clases, fueron anarquistas»

La ideología anarquista, que había sido producida en Europa y traída a América por obreros inmigrantes, encontró en nuestro continente estructuras sociales y psicológicas que le correspondían en mayor medida que las existentes en cualquier lugar de Europa: excepto cuando fueron dominados por Estados imperialistas como el de los Incas o el de los Aztecas, los indígenas americanos vivían de acuerdo a los valores ácratas en comunidades que, desde el punto de vista político y económico, encarnaban en gran medida el ideal anarcocomunista (y que no fueron en absoluto desdeñadas por los anarquistas, como sí lo fueron por los marxistas, quienes las consideraban como manifestaciones de un «*atrasado comunismo primitivo*»). Así, pues, indígenas y mestizos encontrarían en la ideología anarquista un arma para la reivindicación de tradiciones, costumbres y valores ancestrales: «[El modo de ver el mundo y la sociedad propios del anarquismo fueron] muy pronto el modo de ver el mundo y la sociedad que adoptaron también las masas autóctonas y aun indígenas, desde México a la Argentina, desde Zalacosta en Chalco hasta Falcón Grande en la Patagonia... En la medida en que los anarquistas lograron llegar hasta los indígenas, no tuvieron que inculcarles ideologías extrañas, sino sólo tornar conscientes las ancestrales ideologías campesinas del «*calpull*» y del «*ayllu*».» Fue así que surgió lo que el profesor Cappelletti designa como «...un «*gauchaje*» anarquista, que tenía su expresión literaria en los payadores libertarios.»

El profesor Cappelletti nos recuerda que, aun cuando desde un punto de vista teórico el anarquismo latinoamericano no haya contribuido a la ideología y la filosofía en cuestión con aportes teóricos fundamentales, desde el punto de vista de la organización los aportes fueron enormes. Por ejemplo, la FORA de Argentina, siendo mayoritaria, «...jamás hizo concesión alguna a la burocracia sindical» y adoptó un modo de organización que se diferenciaba tanto del de la CNT de España como del que caracterizó a la IWW en los EE. UU. —y llegó a ser tan radical que la CNT española la consideró «*extremista*»—.

En México, poco después de su fundación, el Partido Liberal Mexicano se hizo tributario, por intermedio de R. Flores Magón, de la ideología anarquista, que tuvo

acabó por reconocer carta de ciudadanía a todas las formas históricas, el mutualismo, el colectivismo, el comunismo, el individualismo, el cooperativismo (1932), es decir, acabó por sumarse de hecho al *anarquismo sin adjetivos*.»

significación en el gobierno, «...no sólo por la participación del magonismo en la revolución contra Porfirio Díaz, sino también porque la Casa del Obrero Mundial brindó a Carranza sus «batallones rojos» en la lucha contra Villa y Zapata y porque los dirigentes de la CGT polemizaron con el propio presidente Obregón.» Sin embargo, ortodoxos europeos como Jean Grave criticaron la utilización por los anarquistas de la estructura partidista del P.L.M.. En relación con esto, el profesor Cappelletti nos recuerda que «...en Brasil [a diferencia de México], el anarquismo estuvo siempre al margen de toda instancia estatal, y la república militar-oligárquica nunca lo tomó en cuenta sino para perseguir, desterrar o asesinar a sus militantes.» También nos dice el autor que [el historiador del anarquismo Max] Nettlau señalaba ya que en Uruguay los movimientos del signo que nos interesa habían sido más pacíficos que en Argentina; y dice también que, a diferencia del P.L.M. después de Flores Magón, el más reciente P.V.P. del Uruguay difícilmente podría ser considerado anarquista.³

Aunque en Argentina, Uruguay y Panamá hubo anarco-individualistas [corriente que, en sus manifestaciones más extremas, incluiría por una parte la ideología de Stirner en Alemania y por la otra las de Thoreau y Emerson en los EE. UU.] y también hubo algunos anarcocomunistas enemigos de la organización sindical en Buenos Aires durante las décadas de 1880 y 1890, «...la inmensa mayoría de los anarquistas latinoamericanos fueron partidarios de un sindicalismo revolucionario y antipolítico (no, como suele decirse equívocamente, a-político).» El profesor Cappelletti señala que en esto —entre otras cosas— se diferencia el anarquismo latinoamericano del norteamericano, el cual, además de la corriente autóctona que tiene sus raíces en el «regreso a la naturaleza» y la «desobediencia civil» de Thoreau y en el liberalismo radical de Emerson, desarrolló la corriente sindicalista anarquista que produjo los mártires de Chicago y que adoptó formas violentas como la que había defendido el alemán Johann Most.⁴

«En Argentina, Uruguay, Brasil y México sobre todo, al producirse en Rusia la revolución bolchevique, muchos anarquistas se declararon partidarios de Lenin y anunciaron su incondicional apoyo al gobierno soviético, pero no por eso dejaron de considerarse anarquistas. Esta corriente desapareció con la muerte de Lenin, pues quienes decidieron seguir a Stalin ya no se atrevían sin duda a llamarse «anarquistas.» En Brasil, en particular, en 1921 un enviado de Lenin logró que el conocido militante anarquista Astrogildo Pereira aceptase dirigir el partido Comunista fundado ese mismo año (mientras que en otros países que también tenían un movimiento revolucionario mayoritariamente anarquista, como la Argentina, el partido Comunista no surgió de las filas del movimiento anarquista). El profesor Cappelletti escribe: «John Foster Dulles refiere que la mayoría de los anarquistas brasileños había acogido desde el principio, no con poco entusiasmo, la revolución rusa, y esperaba que, gracias a la influencia anarquista, el socialismo autoritario de los bolcheviques había de convertirse en socialismo libertario, lo cual la llevaba a tolerar inclusive, en algunos casos, la dictadura del proletariado como instrumento necesario, aunque transitorio, para consolidar la revolución.»

³ Esto muestra que la causa del rechazo por el profesor Cappelletti de la pretendida acracia del P.V.P. no se debe al mero hecho de que éste haya utilizado la estructura de un partido político.

⁴ Most fue el violento activista alemán de quien, en Inglaterra, se había distanciado claramente William Morris —el gran admirador y amigo de Kropotkin que escribió la famosa utopía *News from Nowhere*, y a quien en otra parte el profesor Cappelletti designó como un «anarcoecologista *avant la lettre*»—.

«En Argentina y en Uruguay puede decirse que la mayoría de los escritores que publicaron entre 1890 y 1920 fueron, en algún momento y en alguna medida, anarquistas. En Brasil y Chile hubo asimismo, durante ese período, no pocos literatos ácratas, aunque no tantos como en el Río de la Plata. En Colombia, Venezuela, Puerto Rico, etc., si bien no floreció una literatura propiamente anarquista, la influencia de la ideología libertaria se dio más entre literatos y poetas que en el movimiento obrero. [Sin embargo, incluso en el Río de la Plata en el período mencionado] los intelectuales anarquistas nunca desempeñaron el papel de élite o vanguardia revolucionaria y nunca tuvieron nada que ver con la universidad y con la cultura oficial. En esto el anarquismo se diferencia profundamente del marxismo.»

En Venezuela, aunque nunca hubo organizaciones, sociedades obreras o periódicos anarquistas, «...en fecha tan insólitamente temprana como 1810, en el seno de la Junta Patriótica, Coto Paúl exclamaba, ante los oradores que «combatían la forma federalista, señalándola como agente de disensiones anárquicas»: «¡La anarquía! Esa es la libertad cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera oncosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas en su presencia. ¡Señores! ¡Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden y la sigan por las calles y plazas gritando libertad!» El profesor Cappelletti rechaza la interpretación habitual de estas palabras para buscar su origen en la inspiración proporcionada por hombres de la extrema izquierda de la Revolución Francesa como Sylvain Marechal. Coto Paúl tendría entonces el mérito de haber reivindicado el termino anarquismo... ¡varias décadas antes que Proudhon! En efecto, el autor nos dice que, al lado de Godwin, Coto Paúl debe ser ubicado sobre los umbrales mismos del anarquismo.

Las ideas de Proudhon fueron conocidas en Venezuela desde la época de Fermín Toro. El pensador francés es citado en las obras de Baralt (en particular en las de su período español), quien lo conoció personalmente y dialogó con él. Fermín Toro, Guillermo Iribarren y Simón Rodríguez recibieron la influencia de los socialistas utópicos y de los iniciadores del anarquismo. La amistad de Ezequiel Zamora con José María García lo imbuyó de los principios de Babeuf (divulgados por el francés Pierre Cerreau en su periódico de La Victoria *Credo Igualitario*), cuyas actuaciones aspiraba a emular. En 1849, el «jefe del pueblo soberano» conversaba con Branford y Requena sobre las ideas de Blanqui —el «centralista dentro del socialismo revolucionario» que, para el profesor Cappelletti, «tanto se parecía a Bakunin»—. A través de Branford y de Francisco J. Iriarte recibió Zamora las ideas de Proudhon. Federico Brito Figueroa escribe: «Zamora considera que en los Llanos *la tierra no es de nadie; es de todos en uso y costumbres*, y además, antes de la llegada de los españoles, los abuelos de los godos de hoy, la tierra era común, como lo es el agua, el aire y el sol. Ciertamente, alguien robó una cosa que no era suya, sino de todos, responde José Branford, y de esta manera tendría razón Proudhon cuando considera que la propiedad es un robo.»⁵

El libro comenta en detalle las actividades de los socialistas revolucionarios y de los simpatizantes del anarquismo en nuestro país, incluyendo las de la sección de la Internacional que funcionaba aún en 1893, las de los obreros de la compañía inglesa The Bolivar Railway Company Limited (que fueron estimulados por el anarquista italiano

⁵ Brito Figueroa, Federico (1981), *Tiempo de Ezequiel Zamora*, pp. 32-56. Caracas, Ediciones de la Biblioteca U.C.V. Cabe señalar que para Proudhon lo que fue robado no era *de todos*, sino *de nadie*, pues el ideólogo y filósofo francés negó, no sólo la propiedad privada, sino *todo tipo de propiedad, incluyendo la colectiva*.

Vincenzo Cusatti) y las de los sindicalistas petroleros norteamericanos de la IWW. Finalmente, nos recuerda que algunos de los iniciadores del sindicalismo adeco —como Francisco Olivo, Pedro Bernardo Pérez Salinas y Salom Meza— se inclinaron originalmente por el anarcosindicalismo.

La combinación por Carlos Díaz del personalismo de Emmanuel Mounier con el apoyo mutuo kropotkiniano —a la que se refiere Diego Abad de Santillán en uno de los trabajos reproducidos el libro que aquí se reseña («La inteligencia y la revolución de la justicia y de la libertad», pp. 49-58)— puede ser considerado como una de las bases del anarquismo católico (o la «teología de la liberación» libertaria) que hoy en día se está desarrollando en Europa.⁶

Entre los autores de las obras originales que constituyen la antología se encuentran: Diego Abad de Santillán, Emilio López Arango, Alberto Ghirardo, Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antilli, Jacobo Prince, Luis Di Filippo, Florencio Sánchez, Luce Fabbri, Rafael Barret, Francisco Pezoa, Manuel González Prada, Fabio Luz, José Oiticica, Emiliano Zapata, Ricardo Flores Magón y Práxedes G. Guerrero, así como varios colectivos anarquistas. El último de los textos reproducidos es la «Carta Abierta» del historiador del anarquismo Max Nettlau «Sobre la Significación del Congreso Obrero Libertario Americano».

Elías Capriles

⁶El cual, aunque no interesa al autor de esta reseña, podría servir para hacer el anarquismo accesible a un mayor número de individuos.